

**(Transcripción no revisada por el autor)**

**Jornada CAM – Marzo 2000  
SCHOENSTATT Y LA CREACION  
DE UN NUEVO ORDEN SOCIAL  
P. Rafael Fernández**

El tema que me corresponde tratar lo haremos en cuatro puntos.

Primero, veremos cómo Schoenstatt, históricamente, ha abordado su tarea de plasmar un nuevo orden social, esa tierra nueva.

En segundo lugar, haremos un pequeño test para mirar nuestro alrededor.

Un tercer paso nos llevará a mirar nuestras propias familias por dentro para descubrir cómo tiene que ser esta familia que hemos de cultivar para contribuir a que Schoenstatt pueda ser alma de un nuevo orden cristiano de la sociedad.

Un cuarto paso nos entregará el desafío que todos tenemos por delante y que es la conciencia de misión para cumplir esta tarea de crear un nuevo orden social.

**I. Primer paso: Schoenstatt y el nuevo orden social**

Un pequeño gráfico nos muestra lo siguiente:

**1.** En una *primera etapa* de Schoenstatt, el P. Kentenich se dedicó a formar la Familia. Pensemos en los años 1914, 1920, los años 30 cuando el nazismo llega al poder y Schoenstatt es obligado a concentrarse en sí mismo y a actuar en el subterráneo por la persecución nacionalsocialista, hasta el tiempo de Dachau. Es una larga etapa en que el P. Kentenich se concentra en formar a la Familia.

**2.** En una *segunda etapa*, a partir de Dachau, el P. Kentenich siente que Schoenstatt debe salir a la luz pública, tiene que entrar de lleno a la Iglesia porque si Dios ha llamado a Schoenstatt a la vida es para darle una misión de vivificar a la Iglesia, servir a la Iglesia en esta etapa trascendental que está viviendo la cultura. Por eso, su consigna: hacia la Iglesia, hacia el corazón de la Iglesia. La tarea de Schoenstatt es ser *corazón de la Iglesia*. Queremos llegar a todos los rincones de la Iglesia para que aquello que Dios nos regaló en Schoenstatt sea fecundo en todas las realidades eclesiales. De algún modo, es la etapa que vivimos actualmente, especialmente en nuestro país con el hecho de que nuestro arzobispo de Santiago y el presidente de la Conferencia episcopal sea schoenstattiano. Este hecho ya nos indica que estamos viviendo esta etapa.

Si pensamos lo que se ha hecho en la línea de la pastoral familiar a lo largo de todo Chile, y que en cada diócesis los schoenstattianos estén asumiendo tareas en esta pastoral, que estén siendo alma de esta pastoral, nos indica que realmente estamos viviendo esta segunda etapa de servicio a la Iglesia, de ser corazón de la Iglesia. Esto tiene que seguir adelante, es una tarea permanente, de siempre. Schoenstatt no es para sí mismo, es para la Iglesia.

3. Recién ahora se empieza a vislumbrar una *tercera etapa*. Si nosotros nos preocupamos de renovación en la Iglesia es para tener un mundo nuevo, para edificar el reino de Dios aquí en la tierra. La Iglesia tampoco tiene sentido en sí misma si no es la luz del mundo, es la levadura del reino de Dios aquí en la tierra. Así como Schoenstatt no es para sí mismo tampoco la Iglesia es para sí misma. Todo en la Iglesia tiene por objeto aquella petición que hacemos en el Padrenuestro: *venga a nosotros tu reino*; que este mundo, que esta humanidad esté marcada con el sello de Cristo, que sea el reino del Padre, que sea la tierra mariana del Padre.

En este plano, estamos recién haciendo pequeñas incursiones. Ha habido algunos adelantados, pero no podemos decir que hayamos abordado plenamente esta tarea.

¿Cuál ha sido la historia de esto último?

Esta meta siempre ha estado presente en Schoenstatt. No es algo que estemos descubriendo ahora.

En el año 1967, en el tiempo que en Chile se había vivido una gran efervescencia social a todo nivel, cuando todos sentíamos que se jugaba la vida del país, la realidad del país y ante lo cual como schoenstattianos sentíamos que no podíamos ser indiferentes. El P. Kentenich estaba en Schoenstatt viviendo sus últimos años y los chilenos iban donde él llevando todas estas inquietudes. Ante esto, el Padre fundador decía que no estábamos descubriendo nada nuevo al pedir que Schoenstatt se ocupase de esta realidad social. Escuchemos algunas palabras suyas al respecto:

Si queremos llegar a ser hombres del más allá, -en el sentido del tiempo actual, es decir, hombres sobrenaturales, anclados en Dios- entonces se trata de ser no sólo apasionados por Dios sino también apasionados por el hombre. Se trata por tanto no sólo de procurar que los hombres se sientan en casa en el cielo, es decir, en el mundo del más allá, sino también de impulsarlos a forjar una nueva creación, un nuevo orden social; a gestar un nuevo orden social que solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente en Sudamérica. No me puedo imaginar que pueda haber una meta que sea mayor o más grandiosa que la que originó nuestra existencia y que continuamente tratamos de realizar: salvación del orden social amenazado. Por tanto, cuando nuestros co-hermanos chilenos aspiran a esta meta, movidos por las circunstancias del lugar y del país, inspirados nuevamente por la situación en Latinoamérica, no hacen algo. Sacan metas del tesoro de la Familia que, sabe Dios cuánto tiempo hace, se hallan ante nuestra mirada.

Son palabras bien decidoras del P. Kentenich y creo que ahora, recién, les empezamos a tomar el peso; son palabras que, desde el inicio estaban presentes en nuestra Familia ya desde la primera acta de pre-fundación.

El P. Kentenich habla de lo que estaba sucediendo, del avance de los inventos, de la conquista del macrocosmos, de las enormes conquistas en el macrocosmos y del vacío que se estaba produciendo en el microcosmos. No había una equiparidad entre el avance

técnico científico y el avance interior. El decía: conocemos muchos idiomas, pero desconocemos el lenguaje del propio corazón. Además, aludía expresadamente a los países subdesarrollados que estaban recibiendo todos los avances pero que no estaban preparados interiormente para asimilarlos. Y ya entonces plantea lo que se está dando en la realidad ante la cual Schoenstatt no podía ser indiferente. El expresará más adelante: “No somos un club de auto santificación”. Schoenstatt está marcado por el espíritu del Evangelio para ser luz del mundo porque no se enciende una luz para ponerla debajo de la mesa.

Después, el P. Kentenich formulara esto en diversas formas. Una de las primeras formulaciones que hace es al definir qué pretende Schoenstatt, cuáles son sus fines, y dirá: Schoenstatt pretende la renovación mariana del mundo; Schoenstatt quiere la renovación religioso-moral del mundo en Cristo, frase que él usó mucho en los primeros años, en los años 20. Para nosotros es evidente la renovación religiosa, unir el hombre con Dios, reavivar la fe, en una alianza de amor, con las gracias del Santuario, etc.etc. Pero el P. Kentenich agrega renovación religiosa y *moral*. La moral tiene que ver con las costumbres, con el estilo de vida, con las formas que existen en la sociedad, en el sistema de trabajo, en el sistema político, económicos, en las relaciones sociales, etc. Qué normas, cómo se vive hoy día, cuál es el estilo de vida de la sociedad. Y aquí Schoenstatt tiene la tarea de renovar las costumbres, las leyes, el estilo de vida en todo orden: en el trabajo, en la sociedad, en la economía; si es humano o no el sistema de producción el sistema laboral, la economía, etc. Toda esta realidad, ¿tiene que ver con Schoenstatt, le importa a Schoenstatt? Ciertamente que de lleno.

Recordemos la primera encíclica de Juan Pablo II, *Redemptor Hominis, Cristo redentor del hombre*. Cristo redentor de este hombre del siglo que termina y del tercer milenio que empieza. Y el gran vuelco que dio el Concilio Vaticano II es recordar a la Iglesia que mira hacia el cielo, que ha de mirar hacia la tierra, al hombre. Ha de ser la Iglesia que se identifica con el buen samaritano. Como Iglesia, nos duele lo que pasa con el hombre; estamos en una era antropológica, centrada en el hombre. La Iglesia tiene la misión de salvar al hombre, de salvar a la sociedad. Esta necesidad de una renovación religioso-moral en Cristo la expresaba ya el P. Kentenich en los años 20.

Después, más adelante, el P. Kentenich expresa esto mismo en los años 30, con nuevas fórmulas, cuando reina el nacionalsocialismo en Alemania. La gran pasión, la obsesión de Hitler era construir el Tercer Reich. El P. Kentenich decía: Schoenstatt también quiere crear un reino, y enfocó toda la renovación del mundo hacia la construir de un reino, el reino de Schoenstatt,. El reino de Cristo aquí en la tierra, el reino mariano del Padre. Si leemos el *Hacia el Padre*, encontraremos en muchas oraciones la referencia al reino de la justicia, al reino de la verdad, el reino del amor, de la paz de Cristo. En ese tiempo lo expresaba así.

Luego, en los años 40 y más adelante, lo que nosotros recogimos posteriormente en el 31 de Mayo, el Padre formula la tarea de Schoenstatt como la instauración del organismo sobrenatural y natural de vinculaciones. El organismo natural de vínculos es este nuevo orden cristiano de la sociedad. La expresión orden cristiano de la sociedad, la tomó el P. Kentenich de Pío XII, quien había seguido la inquietud social de León XIII, el gran papa social. Pío XII lo formula clásicamente diciendo un orden cristiano de la sociedad y es lo que el P. Kentenich asume y que traduce posteriormente como la

renovación del organismo de vinculaciones naturales del hombre en todo ámbito. Nosotros, muchas veces, pensamos esta renovación sólo en las relaciones interpersonales. Ciertamente también pero estas relaciones interpersonales se dan también en el sistema de producción de un país, ejemplo; en el sistema de trabajo. Son vínculos personales que se dan en todo campo. También la renovación de estos vínculos es parte de la renovación del organismo natural de vinculaciones.

Vemos cómo el Occidente camina a su ruina, dirá el P. Kentenich el 31 de Mayo de 1949, en Bellavista. Occidente, no la Iglesia. Y creemos que nosotros estamos llamados a una obra de salvataje, de construcción y de edificación. Y cuando él escribe esta *Epistola perlonga* a los alemanes, les dice que él no lo hace por defender a Schoenstatt; no es Schoenstatt lo que le importa en primer lugar, sino el destino de Occidente, del mundo. Y nosotros creemos que Dios llamó a Schoenstatt para ayudar y capacitar a la Iglesia para que sea eficaz y sea alma de un nuevo orden cristiano de la sociedad.

Podríamos mencionar muchas otras palabras del P. Kentenich. Vamos a leer un trazo de una jornada de dirigentes de 1967:

Uno de los frutos que nosotros, como jefes de la Familia, debiésemos llevar de vuelta a casa, es precisamente éste: plegarnos apasionadamente a Schoenstatt bajo la consigna de la construcción de un nuevo orden social. No se trata de encerrarnos en nuestra piececita, sentarnos a rezar. No pretendemos encarnar el benedictinismo en nuestras filas llevando una vida silenciosa, de interioridad. Con certeza que esto también lo queremos. Pero esto sólo, en último término, para ser conquistadores del mundo, para ser un nuevo Colón, para construir un mundo nuevo y ponerlo a los pies de Dios, para participar en la gran misión de la Santísima Virgen para nuestro tiempo. Algunos dicen: hay que dejar que el mundo siga su camino y después, luego que haya tomado forma, lo bautizamos. ¿Qué significaría esto? Que los cristianos permanecemos en segundo plano. ¡Nunca debemos querer algo así! ¡Nosotros tenemos que transformar el mundo! ¡Nosotros mismos tenemos que ayudar a forjar un nuevo orden social.

Ciertamente éste es un lenguaje que quizás no tenemos tan presente. En Chile, tradicionalmente hay bastantes problemas. ¿Por qué? Porque cuando se habla este lenguaje, inmediatamente pensamos con categorías políticas, de partido políticamente y decimos: Schoenstatt se está metiendo en política... y muchos se ponen nerviosos, inquietos y se le encrespa el pelo... Siempre que se habla de un nuevo orden cristiano de la sociedad se identifica con esta línea. Y más aún, se tiene la conciencia de que las personas que se preocupan de la sociedad, del mundo del trabajo, etc., son personas de izquierda. Clásicamente la bandera del proletariado la han tomado los marxistas y socialistas y esto ha quedado en la mentalidad de todos; los que se preocupan de lo que pasa al obrero, de lo que pasa en el mundo del trabajo, de las leyes sociales, de la política, se los identifica con los partidos políticos de izquierda. Y lo que dice relación con la propiedad privada, con la libertad, etc., son los de partidos de derecha o de partidos más conservadores. Y no se les identifica con el proletariado. Y se divide el mundo en izquierda y derecha, progresistas y conservadores. Incluso se hace este

encasillamiento a la jerarquía la Iglesia y cuando hay que elegir a un obispo o arzobispo se pregunta cuál es su posición política, cuál es su tendencia y se le descalifica.

En este mundo, ¿dónde se ubica Schoenstatt? ¿Es más de tendencia de derecha o de izquierda? ¿Cuál es nuestra definición? ¿Qué dice el P. Kentenich?

Si pensamos en la definición que da el P. Kentenich del objetivo de Schoenstatt, la renovación moral y religiosa del mundo, ciertamente que la preocupación de Schoenstatt es la renovación del hombre en su totalidad, de la renovación de la interioridad del hombre y de la familia. También cuando nos referimos a las personas que luchan por la moral individual, por el problema del divorcio, del aborto, pensamos que son personas más de derecha. Los que se preocupan más de los problemas salariales, laborales, son personas de izquierda.

El P. Kentenich dice que Schoenstatt no es benedictino; que los schoenstattianos no se retiran del mundo; no reducimos Schoenstatt a nuestra capillita. Ciertamente que no, pero agrega que es fundamental para Schoenstatt preocuparse de la relación con Dios; no podemos dejar a Dios de lado, no podemos descartar la vinculación con Dios. ¿Por qué? Porque si no estamos profundamente arraigados en Dios, en el mundo sobrenatural, no tendremos la fuerza para transformar el mundo natural; nos faltará la savia. Hemos visto cuántas utopías humanistas que han fracasado. La clásica es el marxismo; una gran utopía de fraternidad, de libertad, de igualdad, pero un tremendo fracaso, un derrumbe del edificio. ¿Por qué? Porque le falta el fundamento que es Cristo, le falta lo religioso.

El P. Kentenich une los dos mundos, une armónicamente la preocupación por Dios y la preocupación por el hombre; la preocupación y el arraigo en el mundo sobrenatural y la defensa del orden natural; la preocupación por el hombre y por la comunidad. Cuando él piensa en la renovación moral piensa en la moral individual, la moral de la sexualidad, por ejemplo, en la libertad y dignidad de la persona; y piensa también en la moral social. También Cristo tiene que llegar a este ámbito. Si nosotros no tenemos políticos profundamente cristianos, nuestra acción queda incompleta; si no tenemos alcaldes profundamente cristianos, empresarios, sindicalistas, sicólogos, médicos, economistas profundamente cristianos, nuestra acción se desvanece en las nubes, en el aire y le dejamos campo a otras ideologías. Esto es lo que ha pasado.

Para mostrar un pequeño campo, pensemos en la psicología. ¿Quién puso sobre el tapete la realidad del subconsciente, la importancia del mundo de las impresiones que recibimos del subconsciente? Fue Freud que no era cristiano y todo se desarrolló en esa línea. Y ningún psiquiatra piensa que la relación con Dios que tiene una persona enferma tiene una trascendencia inmensa. El mundo de Dios y de la fe quedó fuera. También esto sucede en el mundo de la economía, de la sociología, de la empresa. Los negocios son los negocios; lo que pasa científicamente en la economía, en la sicología, en el mundo de la diversión, en los medios de comunicación social, no tiene nada que ver con el mundo de la fe, con Dios, con la Iglesia.

Resumiendo esta primera parte de nuestra charla, en este contexto, hay un gran peligro para nosotros que es no aplicar la globalidad de la visión de Schoenstatt que nos trae el P. Kentenich, y de convertirnos prácticamente en una nueva forma de beatería; convertir

a Schoenstatt un pietismo. Es un peligro que tenemos que tener consciente. Es más fuerte en la realidad concreta de Schoenstatt actual que nosotros nos desprendamos de esta responsabilidad primaria, por Cristo, por la Mater, respecto de lo que pasa en la sociedad en todos sus órdenes y de reducirnos a lo netamente religioso y a la familia en forma intimista. Hay muchos que nos sacan en cara el por qué Schoenstatt se preocupa tanto de la familia y nunca dicen nada respecto a lo que sucede en los otros ámbitos de la sociedad. Ciertamente la familia será para nosotros una preocupación central, pero como cuna de un nuevo orden social, de un nuevo humanismo. Nos preocupamos de la familia no sólo para estar bien en nuestro hogar, sino porque en ella se decide la sociedad, porque en ella se pone en juego lo que sucede en el país. Tenemos que cuidarnos de caer en un devocionismo, en un intimismo, en una separación de Dios, hombre y sociedad.

## **II. Un segundo paso: un pequeño test**

Miremos a la juventud, y n en primer lugar a nuestros hijos. Pensemos en la juventud que rodea a sus hijos; en nuestro medio y hagamos las siguientes preguntas para ver dónde nos encontramos. Observemos nuestro ambiente.

### ***1. ¿Cuáles son los intereses de la juventud hoy día?***

Recordemos antes de las elecciones presidenciales que se constató un gran ausentismo de la juventud, un gran desinterés por inscribirse en los registros electorales. Este es un signo que nos dice algo: a la juventud no les importa el mundo de la política. Le importan otras cosas. En muchos está la conciencia de que la política es sucia. Nuestra juventud no tiene un compromiso social. No el importan las leyes laborales que existen, no les interesa los proyectos de leyes laborales, el déficit habitacional que existe en el país, la realidad habitacional que muchos habitantes, etc.

¿Cuáles son los intereses, las ambiciones de la juventud? ¿De qué hablan los jóvenes? Creo que los más responsables hablan y les preocupa sus estudios. A los jóvenes les importa ser un buen profesional, ser excelentes profesionales. A otros, les importa el deporte; otros viven en el mundo de las relaciones sociales, de lo que llaman el *carrete*.

¿Tienen un compromiso social, político, gremial, en el colegio, en la universidad? Algunos sí, pero son los menos.

### ***2. ¿Cuáles son los criterios que tienen los jóvenes para elegir carreras?***

Los jóvenes tienen que elegir buenas carreras, de éxito, que les signifiquen una buena situación. Si alguno quiere estudiar arte, teatro, servicio social, pedagogía, o quiere ser sacerdote o religiosa, está desubicado. En cambio si quiere ser ingeniero civil, comercial, es fabuloso.

¿Qué se busca, cuáles son los criterios que tiene la juventud? ¿Por qué se mueve? ¿Tiene que capacitar para qué? Para competir, para salir adelante cueste lo que cueste.

Creo que tenemos que mirar, diagnosticar y ver el mundo en que nos movemos, en que se mueve nuestra juventud, el mundo del futuro, por lo tanto.

### **3. *¿Con qué criterios elegimos un colegio para nuestros hijos?***

Más o menos con los mismos criterios anteriores. Primero que todo nos importa la excelencia académica. Si el colegio no tiene esta excelencia académica, se descarta. Es comprensible por cierto, porque a nadie le gusta que sus hijos no tuviesen esta excelencia académica. También importas el medio social de ese colegio, porque más tarde, cuando esos jóvenes entren a trabajar, en gran parte esto se decide por las relaciones sociales que empiezan en el colegio. El colegio debe ser católico además, porque en esos colegios se da una buena enseñanza académica. También porque en los colegios católicos normalmente hay buenas relaciones sociales. Pero que no tenga una posición social o política.

¿Están preocupados los padres de que sus hijos entren en colegios que los formen como líderes cristianos, como gestores de la sociedad? ¿Qué prefieren que sea un excelente profesional o un excelente apóstol cristiano consciente de su responsabilidad social determinante para el futuro del país, para los destinos del país? ¿Cuánto conocen los jóvenes actuales de nuestro medio la realidad sociocultural de Chile?

Nosotros vivimos en un mundo especial y que muchos de nuestros jóvenes no conocen más allá de la plaza Italia. Normalmente no han entrado a ningún hospital. A clínicas sí, pero a un hospital, a un consultorio. Esta realidad no la conocen vivencialmente nuestros hijos, es una realidad tan lejana que la conciben. Pensemos qué contacto tiene nuestra juventud con el mundo obrero; no conocen los problemas de los trabajadores.

Si alguien no tiene la experiencia vital de estas realidades, lo social no lo tocará nunca. Somos hombres que nos movemos por vivencias, en primer lugar, y no por ideas. Podemos hablar de ideas pero si no tomamos contacto, de alguna manera, con esas realidades, ese mundo será siempre ajeno y no sienten la urgencia de solucionar los problemas sociales, de cambiar el mundo, el orden social.

Pensemos en la doctrina social de la Iglesia. El Papa Juan Pablo II, el año 1974, en su primera visita a México se quejó de la situación en la Latinoamérica. Cómo es posible que Latinoamérica siendo un continente prioritariamente cristiano, católico, tenga tantas injusticias sociales, la enorme desigualdad entre pobres y ricos. En nuestro país, por ejemplo, las diferencias de sueldos de los empresarios, los gerentes y los obreros son de las más altas del mundo; son mucho más que en Alemania, que en Estados Unidos. Y somos un país que se dice católico. Somos un continente que en lo concreto no demuestra ser un continente cristiano ni mucho menos católico. Y de esto se quejaba el Papa en su primera visita a nuestro continente.

Muchas veces sucede que el compromiso social significa participar en obras de caridad como apoyar instituciones de acción social como lo es el Hogar de Cristo, María Ayuda, Naím, etc. Esto está bien. Sin embargo, nosotros aspiramos a mucho más que esto. Ciertamente es necesario por las urgencias que hay que solucionar en forma inmediata. Pero cuando hablamos de compromiso social, de renovación del orden social, hablamos de mucho más.

La idea de hacer este test no es decir que nuestros hijos son de esta manera o de esta otra y quedarnos tranquilos si neutros hijos están bien en este campo. Tenemos que mirar un poco más allá de nuestro círculo.

### **III. Damos un tercer paso: desde esta perspectiva consideramos la parábola del Buen Samaritano.**

¿Cuál es la actitud del buen samaritano para con ese hombre que había sido asaltado? Primero, lo vio, no lo ignoró. En segundo lugar, se compadeció: sensibilidad social. Compasión, en el lenguaje bíblico significa sentir dolor de entrañas. El samaritano se conmovió; luego, en tercer lugar, se acercó; cuarto, curó sus heridas echándole aceite y vino; quinto, vendó sus heridas; sexto, lo montó en su cabalgadura; séptimo, lo llevó a la posada; octavo, se quedó toda la noche cuidándolo; noveno, al día siguiente, pide al posadero que lo cuide y, décimo, le paga a éste por este trabajo. Este samaritano hace diez acciones por alguien que no tiene nada que ver con él. Esta es una actitud social. Es esto lo que tenemos que educar en nuestros hijos para que practiquen el actuar de este samaritano, lo reediten en la oficina, en la empresa, en la fábrica, en el lugar en que estén.

#### **Cómo educar en una verdadera conciencia social**

¿Cómo educar a nuestros hijos en esta conciencia social, en este espíritu solidario con los otros, que les importe el otro aunque no pertenezca a su clase, al círculo de sus amigos, a sus compañeros de colegio? Y que no sea sólo una vana compasión que aflora solamente cuando hay una catástrofe, una inundación, un terremoto, un gran movimiento de solidaridad.

##### **1. En primer lugar, *hemos de cultivar la conciencia de cuerpo, de pertenencia mutua.***

El otro es parte mía. ¿Sabemos apreciar a cada uno de nuestros hijos individualmente, valorar y aceptar su aporte? Cada uno de ellos es diferente y a cada uno tenemos que aceptarlo en su originalidad, y muchas veces nos será difícil. ¿Sabemos nuestros hijos apreciar a cada uno de sus hermanos individualmente, aceptar y valorar su aporte y aceptarse mutuamente? ¿Cómo crear en ellos la conciencia de que cada uno de sus hermanos es original y que deben aceptarlo como es? Es una larga tarea. Respetar la modalidad del otro.

##### **2. *Disponer la casa de tal modo que cada uno no quede en un reducto en forma autosuficiente e individualista.***

A veces sucede que educamos al individualismo. Cada niño tiene su pieza, su escritorio, su televisor, su computadora. Y muchas veces está cada uno en su rincón y nada se comparte solidariamente. En las familias numerosas esto está más a flor de piel; ya la ropa se va heredando, también los libros y otros útiles de estudio, lo que es una muy buena costumbre. En una sociedad consumista esto se hace cada vez más difícil; cada uno quiere llevar lo que está de última moda y con la última etiqueta. Es difícil que los niños asimilen otra manera de ser, otra mentalidad. Para esto están los papás, que han de tener la genialidad de educar un corazón abierto a compartir, a aceptar al otro en lo que es.

### **3. *Crear espacios de encuentro de la familia***

¿Sabemos en qué está cada uno de nuestros hijos? ¿Sabemos los hijos en qué está cada uno de sus hermanos? Muchos de ustedes tienen la costumbre de encontrarse como familia. Pero hay veces en que en la familia no se sabe en qué está cada uno.

## **IV. Nuestra meta: Familias santas forjadoras de una tierra nueva**

Desde esta perspectiva enfocamos nuestra meta: familias santas de una nueva cultura, de un nuevo orden cristiano de la sociedad.

¿Qué significa esto de ser familias santas que sean cunas de un nuevo humanismo, como dice Juan Pablo II, o como dice Puebla, escuelas de un humanismo cristiano, talleres donde se forjan líderes, educadores de la comunión y participación, promotoras del desarrollo.

### **1. Lo que se vive en el hogar ha de proyectarse en la sociedad**

No nos basta sólo con tener una familia donde estemos tratando de vivir lo que debiera ser la sociedad. No basta sólo que el papá y la mamá sean excelente autoridad, ejemplar en el ejercicio de su autoridad en el hogar. Tienen que serlo también en sus lugares de trabajo; el papá como gerente, como jefe de taller. Queremos que lo que se vive en el hogar se proyecte realmente a través de los miembros de la familia, papá, mamá, hijos, en la construcción de algo semejante de lo que se vive en el hogar, en el orden macro social. Y esto ha de ser simultáneamente. No podemos vivir primero en el hogar ejemplarmente, como casos preclaros de un nuevo orden social, sino que, al mismo tiempo, estamos proyectando ese ambiente en la sociedad.

Querámoslo o no, tenemos una posición política; votemos o no, estemos o no en un partido político, estamos conscientes, nos importa la construcción de una nueva sociedad, los destinos del país. Cada faceta de la vida comunitaria ha de proyectarse en lo macro social. Si hablamos de participación al interior de la familia, que cada hijo debe tener una labor, una tarea propia, ser solidario, también esa solidaridad ha de proyectarla en el colegio, en su curso, con sus compañeros. Y el papá tiene que ser solidario en la oficina con sus empleados, sus subalternos, y su empresa con otra empresa. No podemos reducirnos sólo a la familia. El primer paso es la familia, pero simultáneamente, esta familia ha de ser fermento de la nueva sociedad.

¿Qué necesitan estas familias para esta misión?

Veámoslo en general y en particular.

#### **1.1. *Estar profundamente arraigadas en Dios y en el amor al prójimo***

Desde esta raíz deben abordar la responsabilidad social. El principal mandamiento es amar a Dios y al prójimo como a nosotros mismos. De estos dos mandamientos, Cristo acentuó el amor al prójimo: Este es mi mandamiento, que se amen los unos a los otros como yo los he amado. ¿Cuál es el examen final que Cristo propone a la Iglesia, a los

cristianos? ¿Venid benditos de mi Padre.... porque cuando tuve hambre, me disteis de comer, cuando estuve enfermo, me visitasteis, cuando estaba desnudo, me vistieron, ... todas obras de amor al prójimo. Nos preguntará cuántas veces fuimos a misa, cuántas veces comulgamos, si rezamos o no... El juicio se decide en las obras de misericordia. ¿Por qué? Porque, como dice san Pablo, cómo podemos decir que amamos a Dios, a quien no vemos, si no amamos al prójimo a quien vemos. ¿Qué trató de inculcar el Señor? El israelita tenía y tiene una conciencia muy fuerte de su pueblo y de la solidaridad con su pueblo, de la caridad en su pueblo, máximo con aquel extranjero que vivía como israelita. El Señor dice más todavía: amen a sus enemigos, hagan como el Padre celestial que hace salir el sol sobre justos y pecadores. El rompe los esquemas. Su enseñanza la presenta en la parábola del buen samaritano que miró a ese hombre herido que había sido asaltado, que se preocupó de su estado sin fijarse quién era, lo subió a su cabalgadura, lo llevó a una posada para que lo cuidaran y dejó dinero para los gastos que hubiera que hacer...

Este es el motor del cambio social; todos somos hijos de Dios: el que vive en La Pintana, en La Legua, en Las Condes, en Lo Barnechea, el que barre las calles, los amigos, los compañeros de oficina... todos somos hijos de Dios y por lo tanto hermanos. Y esto es lo que cambia nuestra visión y cambia también las estructuras. Esta actitud viene desde los comienzos del cristianismo. Recordemos la carta de san Pablo a Filemón, que es la carta más corta del Nuevo Testamento. Un esclavo llamado Onésimo se había arrancado de su dueño y había llegado donde Pablo que estaba en la cárcel; Filemón sirvió a san Pablo y entre ellos se estableció una hermosa relación. San Pablo se lo devuelve al dueño y le dice: este hijo mío yo te lo devuelvo, pero te pido que tú lo liberes porque es hermano nuestro, porque es miembro de Cristo, hijo de Dios y no puede ser que esté en la esclavitud.

La esclavitud no es digna de una persona humana, de un hijo de Dios, miembro de Cristo. Y empieza un largo proceso de siglos hasta llegar a la abolición de la esclavitud en el mundo. Y éste es un cambio social, un cambio de leyes, un cambio de costumbres que parte por amor al prójimo, porque somos hermanos. Es decir, el motor de los cambios sociales no es el odio, la lucha de clases, como lo fue para los marxistas, sino que es el amor y la justicia; es el amor al prójimo porque es hijo de Dios.

Esto es lo primero que hemos de rescatar. Por eso, necesitamos llegar a ser familias santas que estén profundamente arraigadas en Dios, en el amor a Dios y al prójimo.

### ***1.2. Familias que estén animadas por una visión social y por actitudes sociales que cristalicen en el amor al prójimo***

Cómo trata un niño a otro niño en su casa, si le pega, le grita, es un hecho social. Y esa violencia que existe al interior del hogar es la misma violencia que después se repite en la sociedad. Si no se soluciona este problema en el hogar, tampoco se solucionará el problema social. Si no hay una aceptación de cada persona en su carácter, en su limitación, en su manera de ser, y los niños o adultos no se logran encontrar y aceptar y complementar, siempre tendremos una sociedad polarizada. Porque no existen el sentido por el respeto a la originalidad del otro. Este respeto empieza en la casa, en el hogar, entre los padres, entre éstos y los hijos, entre los hermanos. No se puede pretender que en el campo del trabajo, en las relaciones sociales, culturales, sea distinto.

Las familias que queremos han de lograr ser un caso preclaro del nuevo orden social, pero que se comprometan a influir activamente en la sociedad, creadoramente donde estén: en el colegio, en el trabajo, en la universidad.

El P. Hernán Alessandri, que sabía formular tan extraordinariamente las cosas, escribe lo siguiente:

Es deber de los padres cristianos transmitir a sus hijos ciertos principios fundamentales de la enseñanza social de la Iglesia; hacerles tomar conciencia, sin odios ni resentimientos, de los problemas humanos y sociales y de la necesidad de los cambios que deben ser realizados en función del interés de los más pobres y oprimidos. Finalmente, los padres deben cuidar de que la conciencia social de la familia se exprese activamente en experiencias y compromisos solidarios con los vecinos, con otras personas necesitadas, con los colegios e instituciones con los cuales la familia mantenga contacto. Sólo así se asegura que los hijos se proyecten como constructores eficaces de una sociedad más fraternal y más libre y de aquella nueva cultura o civilización del amor señalada por Puebla como el gran desafío que nos plantea el Evangelio hacia el futuro.

**(Continuación)**

En primer lugar, una aclaración.

Hemos tocado un tema muy sensible en que normalmente se dividen las personas, las familias, las comunidades. En primer lugar, creo que nos planteamos en la posición de Schoenstatt, no significa que estemos diciendo que tenemos que abanderizarnos, ser de izquierda o derecha. Tampoco estamos diciendo que deben inscribirse en tal o cual partido político. Lo que pretendemos decir es que todos tenemos que tener posiciones políticas porque nos interesa los destinos de Chile. No podemos abstraernos de asumir las responsabilidades que cualquier buen ciudadano tiene que asumir. En segundo lugar, el planteamiento del P. Kentenich respecto a esto que divide a los chilenos, es que se pierde la globalidad de la visión cristiana. El P. Kentenich parte hablando de una renovación religioso-moral del mundo en Cristo. Y esta afirmación él resume todo. Nos interesa lo religioso, que Dios esté en el lugar que le corresponde en la sociedad, en el mundo. Y esto significa oración, encuentro con él, con Cristo; significa redención, un hombre anclado en el más allá, interioridad, etc. Es todo un mundo lo que implica la renovación religiosa. Por renovación moral entendemos la moral individual y social. Donde esté un schoenstattiano, sea quien fuere, debe representar esta visión, en cualquier partido político, en la derecha o en la izquierda. Tiene que luchar por esos valores.

Si no lo entendemos así, podemos caer en lo típico de nuestro país, en calificaciones y encasillamientos mutuos que nos llevan a divisiones y a intolerancias que acostumbramos ver. Ni la Iglesia ni Schoenstatt nos pueden decir que pertenezcamos a tal o cual partido. La opción la toman los laicos. Lo que no podemos decir es que la política es algo sucio. El Concilio Vaticano II dice que la política es un arte noble y llama a formar a la juventud políticamente, porque los políticos deben ser responsables de su país. Hay un inmenso escándalo y que es lo que nos afirma en nuestra posición: cómo es posible que en países católicos, como España, Italia, Brasil, Argentina, se hayan aprobado las leyes que van contra nuestra visión, contra nuestra doctrina. Esta es la acusación de que los católicos que no han cumplido su misión, que se han abstraído de los destinos del mundo. Hay un dicho popular que dice: Las sillas desocupadas las ocupa el demonio. Es decir, si nosotros, cristianos, católicos, no tienen una conciencia de responsabilidad, dejamos los destinos de la sociedad en otras manos. Y es esto lo que ha sucedido.

Por esto es que no podemos tener ni una economía católica, ni un sistema laboral católico, un modo de diversión católico, ni una televisión católica, inspirada por los valores del Evangelio.

Es bueno si estos temas pasan a ser discutidos, esclarecidos.

Algo más. Hoy día nada es claro; hay muy pocas cosas claras. Veamos, por ejemplo, la discusión en torno a la mujer y llegar a asumir posiciones y tener claridad al respecto es muy difícil. Creo que nosotros tenemos una inmensa ventaja que tenemos que aprovechar: el P. Kentenich que es un profeta. El P. Kentenich fue el primero que detectó el problema de la mujer en los años 20, 24, 25... El problema social también lo

planteó en esos años. En la confusión actual que existe hoy tenemos que basarnos en alguien que tiene autoridad en estos temas.

Para tener claridad respecto a temas candentes tenemos que estudiar al P. Kentenich. No sacamos mucho con venerarlo como a un santo, pedirle favores. No nos oponemos a ello. Pero el P. Kentenich es un profeta que nos señala una meta, que nos señala una tarea. Y él aborda casi todas las problemáticas que están vigentes hoy, pero tenemos que estudiarlo. En Editorial Patris hemos hecho un esfuerzo por poner al alcance de todo el Movimiento y de la Iglesia el pensamiento del P. Kentenich. Sin embargo, ¿cuántos de nosotros lo leen y lo estudian? Nosotros somos el nivel donde esto debiera darse más a fondo; casi todos somos universitarios y académicos y por eso debiéramos realizar una reflexión personal sobre estos temas y muchos otros que están a nuestro alcance. Hemos publicado, por ejemplo, *Cómo ejercer la autoridad*, un problema social de primer orden; *Visión cristiana del trabajo*, ambos del P. Hernán Alessandri. Hay cinco libros sobre estos temas. Están la revista Carisma sobre la Política, sobre la Cuestión social, sobre la Dignidad del hombre y la mujer; Igualdad y diversidad del hombre y la mujer. Tenemos una literatura abundante, y si no estudiamos estos temas no podremos ejercer un liderazgo real. Estamos llamados a ser líderes, todos. Si estamos en un nivel cultural, académico, profesional, universitario, estoy llamado a ser líder y tenemos que asumir este desafío; tenemos que ejercer una influencia en otros.

El escándalo de los países católicos con leyes, con costumbres como las que tenemos. Estamos en ambiente no cristiano, con costumbres no cristianas, de tal manera que si no tomamos conciencia de ello, no vamos a transformar la sociedad sino que nos mimetizaremos. Si nosotros no estamos conscientes que tenemos que regalar a la sociedad otra mentalidad, otra actitud, otras costumbres, otras formas de vida, de todas maneras seremos arrollados por el ambiente, por lo que existe y seguirá existiendo más fuertemente. Las costumbres crean actitudes.

Cuando se llega a formular y a dictar una ley, esa ley forma la cultura y es tremendamente difícil quitarla. Una vez que ha sido aprobada y proclamada, se empieza a aplicar y ello crea costumbres, mentalidad, actitudes, sensibilidad que duran siglos. Por esto es necesario tener una conciencia de estas cosas. El P. Kentenich habla de la relación espíritu-forma, es decir, si tenemos una forma de hablar con garabatos, creamos una mentalidad igual; si tenemos una manera de vestirnos poca pudorosa, se nos crea una sensibilidad poco púdica. La forma repercute en la mentalidad, en la actitud, en la sensibilidad, en el subconsciente de la persona. El P. Kentenich dice al respecto:

Si queremos crear un reino ideal, no podemos quedarnos en la renovación y profundización de la actitud. Debe agregarse el saneamiento de las estructuras, especialmente en el terreno social. Aquí comienza sobre todo la misión de la Obra familiar en sentido propio. Si el P. Tick -era el primer asesor de la Rama familiar nombrado por el P. Kentenich- sigue trabajando como hasta ahora, pronto llegará el momento para la formación social de los miembros. Le pido por eso, al perito de sociología de nuestra facultad de estudios superiores –la universidad de los pallottinos en se tiempo- que elabore un claro sistema que tenga valor de utilizar los elementos valiosos que proporciona el capitalismo y el socialismo. Al centro tendrá que estar la esencia del

trabajo y la ley de la equivalencia entre éste, el costo y la remuneración. Todas estas son cosas que pertenecen al hombre nuevo.

En ese tiempo, el P. Kentenich ya estaba preocupado de crear una universidad que elaborase un nuevo sistema para aprovechar los elementos del capitalismo y del socialismo. Eran las cosas que importaban al P. Kentenich.

Tenemos que educar a nuestros hijos con conciencia de misión. Un hijo nuestro debe ser un gestor de algo nuevo. Lo que nosotros quizás no alcancemos a hacer, tendrán que hacerlo ellos, o nuestros nietos. Nosotros tenemos que inculcarles desde pequeños que son responsables de los destinos de la Iglesia y del mundo. Y eso tiene que expresarse en la genialidad, en la originalidad de ese niño para actuar y nosotros tenemos que estar apoyándolo todo lo que Dios le ha regalado como talento. Así tendremos una Iglesia nueva, una sociedad nueva.

Conciencia de misión significa nadar contra la corriente. Ese hijo nuestro, esos jóvenes de tienen que estar orgullosos de ser distintos al resto. Esto tiene que partir de los papás y para eso tienen que estar muy alertas de no mimetizarse con el ambiente.

Resumiendo, construimos Schoenstatt para ser corazón de la Iglesia y tenemos que abrir una brecha inmensa para ser alma del mundo; hombres del más allá, constructores del nuevo orden cristiano de la sociedad.

- Renovación religioso-moral del mundo en Cristo
- Renovación religiosa: hombre anclado en el más allá, en Cristo – hombre filial.
- Hombre que lucha por la renovación moral, renovación de las costumbres, de la vida, de las estructuras de la sociedad, tanto en el plano individual, -nos interesa la moral sexual, la bioética- como en el plano social –nos interesa el mundo del trabajo, la política, la justicia, etc.
- La renovación del organismo natural y sobrenatural de vinculaciones.

### **La renovación del organismo natural y sobrenatural de vinculaciones.-**

El P. Kentenich tiene una imagen muy clara y muy hermosa.

Durante siglos nosotros concebimos el cristianismo como una escalera para subir al cielo. Expresión de ello es que tenemos que desprendernos de lo peligroso que es este mundo. Y por eso, el ideal de santidad fue dejar el mundo y encerrarse en un convento; el hombre no se casa, no tiene negocios, no tiene dinero,. No se enreda en el mundo. Se desprende de todo para estar con Dios, *solí Deo*, sólo Dios basta. Esta es una verdad y tiene un valor trascendental. Nosotros si estamos en el mundo, pero no somos del mundo.

Sin embargo, hay otra verdad: el cielo tiene que bajar a la tierra. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros; el reino de los cielos está en medio de nosotros. Tenemos que transformar el mundo, no tenemos que huir del mundo ni recluirnos en nuestro pequeño mundo, sino que somos levadura en este mundo. Si la sal se pone insípida, hay que

arrojarla para ser pisoteada... No se enciende una luz para ponerla debajo de la mesa... No se edifica una ciudad sino sobre el monte para que la vean todos... Que los hombres vean vuestras buenas obras...

Queremos bajar el cielo a la tierra o empezar a vivir el cielo aquí en la tierra. Tenemos que adelantar el cielo aquí en la tierra para que el cambio no sea demasiado brusco.

Hablamos las virtudes sociales y tenemos que trabajarlas en nuestros grupos. ¿Qué significa en mi hogar, en mi oficina el respeto en todas sus dimensiones, el sentido por la justicia, la responsabilidad, la solidaridad, la austeridad, la obediencia, la conciencia de misión. Creo que aquí tenemos un plan para muchas reuniones y para muchos años para tratar de conquistarlas.

### ***La presencia de la mujer en la renovación social***

El tema de la mujer es para nosotros un tema muy central, como el tema del hombre. Son los dos pilares de la sociedad. Quisiera presentarles todo lo que hemos hablado, pero en otra perspectiva, a fin de aclararlo más aún.

Ustedes son matrimonios, esposos, esposas y forman una familia, una pequeña Iglesia doméstica. Ustedes son reflejo de otra realidad superior y esa realidad superior es la Trinidad que existe entre Cristo y la Iglesia, Cristo y María, de la cual surge el reino de Dios aquí en la tierra. Esta Trinidad Cristo-María, Cristo-Iglesia es la semilla de la cual surge el reino de Dios aquí en la tierra.

Ustedes, matrimonios, son reflejo de esta realidad. Y por eso, la inmensa tarea del esposo y de la esposa. La tarea del esposo es la redención de la imagen del hombre y de la autoridad y la incidencia que tiene en la renovación de la sociedad la superación del machismo, del virilismo, de la indefinición sexual del varón actual. La importancia de que el hombre sea hombre, que sea un verdadero esposo y un verdadero padre. Esto repercute en la esposa, en la tarea de la mujer. Así también, si no hay una mujer verdadera, el hombre no se realiza, el ser humano no se realiza. Esposo y esposa son imagen de Cristo y de María y de ellos surge esta pequeña iglesia doméstica que es la familia.

Esa iglesia doméstica está insertada en la gran Iglesia; tiene que estar insertada en la gran Iglesia y desde allí tiene que hacerse responsable y semilla del reino de Dios aquí en el mundo. Es decir, nuestra familia, por definición, está orientada al mundo. Nuestra familia no es una isla; nuestro matrimonio no es una isla, es una célula fundamental, es levadura del reino de los cielos aquí en la tierra; la familia, los padres y sus hijos. Esto ya lo hemos tratado al hablar del matrimonio. Por el sacramento del matrimonio, como esposos, como matrimonio y como familia, con los hijos, ustedes tienen que ser la semilla del reino de Dios, del nuevo orden social en la tierra.

El año pasado nos detuvimos bastante sobre el rol del hombre, el rol de la mujer; cuál es su importancia en la formación del mundo. El P. Kentenich siempre traía a colación una frase de Gertrudis von Le Fort que expresa que cuando cae el varón, cae él, pero cuando cae la mujer, se derrumba la cultura.

Gertrudis von Le Fort en su libro El Papa del Getto, hace la siguiente aseveración: La mujer es la suprema fortaleza de cualquier pueblo. Si el hombre cae, Dios castigará al hombre, pero si es la mujer quien cae, Dios castigará a todo el pueblo.

Cuando la mujer se corrompe, se toda lo más esencial, la última reserva del humanismo. Cuando la mujer no quiere ser madre, que es su orden de ser, instauramos oficialmente la cultura de la muerte. Cuando la mujer es capaz de asesinar a un nonato, ya se perdió lo más esencial. Cuando la mujer no quiere tener un hijo, significa que no amamos la vida. Si no hay respeto por la vida, por la persona humana, el mundo va derecho a una deshumanización como la que hemos vivido.

La mujer es quien salvaguarda el sentido por la vida. Ella lo lleva inscrito en su propia carne. Cuando, de alguna manera, un hombre mata puede ser aceptable, comprendido, pero cuando mata una mujer, toda esperanza se pierde. Porque toda la vida de la mujer encuentra su plenitud en dar a luz la vida, es guardar, servir la vida. Por eso Schoenstatt se preocupa tanto por la mujer.

En la renovación del nuevo orden social nos importa mucho la presencia de la mujer. La presencia de la mujer en la familia, pero también la presencia de la mujer en el ámbito público. Quiénes han puesto a Chile en la vanguardia de lo que está pasando con la conferencia de Beijing + 5.

No basta con que nosotros estemos bien; nosotros somos responsables que otros estén bien también y piensen y actúen bien. Cada uno en su lugar, pero todos tenemos la misma responsabilidad. Si la presencia de la mujer no es fuerte, no es como Dios la ha pensado, no es como María, la sociedad no se renovará.

Nuestra sociedad es una sociedad dividida, donde hay muchos postergados, donde hay muchas y enormes desigualdades sociales. En la lucha por los desheredados de este mundo, por los proletarios, los que llevan la bandera generalmente son otros. ¿Y no sería absolutamente coherente que las mujeres de Schoenstatt ejercieran en esto una influencia en la Iglesia y en la sociedad? Si nosotros queremos que haya preocupación por los pobres, por los débiles, la sociedad tiene que tener una actitud más maternal, la Iglesia tiene que ser más maternal.

Muchas veces se intentó luchar por los desheredados, por los más pobres pero sin Dios y con métodos como los que usaba el marxismo: libertad, fraternidad, pero con la dictadura del pueblo. ¡Cuántos millones de personas cayeron con Stalin, cuarenta millones! ¡Cuántos con Hitler, en el holocausto judío, seis millones! Crueldad más grande imposible. Estos eran los que luchaban por los pobres, por los débiles, por los desposeídos. Faltaba la Iglesia, la presencia nuestra, la presencia de la mujer que tiene la misión de ser corazón, de transformar a la Iglesia en una familia que tenga su corazón puesto en Dios y en el hombre, en la necesidad de los más pobres, como una madre que siente la necesidad de sus hijos, especialmente de los más desvalidos.

Si pensamos en nuestra sociedad, en el orden no cristiano de nuestra sociedad, nos damos cuenta que es una sociedad de la incomunicación, de la despersonalización, donde no hay una unidad de corazón a corazón, donde la palabra corazón no se da, no se

valoriza. En cambio producir, organizar, hacer, tener, competir, sí tienen cabida. Los valores espiritualidad, el ser, tener el corazón en otra persona y tener a las personas en el corazón, todo eso que es tan propio de la mujer, que lleva en su naturaleza, por biología, hormonalmente, está ausente. Por eso, la misión de la mujer es tan necesaria para poner el acento en estos valores que le son propios. Si la mujer no está, la sociedad cojea, le faltará el alma y tendremos una cultura sin alma, desalmada.

Por eso el P. Kantenich insistió tanto que la nueva cultura ha de ser una cultura mariana. Por eso la pequeña María, la misión de la mujer.

Vemos que la mujer actual no sabe ser mujer. Cuando quiere que se le valore busca categorías que le son ajenas, que no le son propias. ¿Cómo será el siglo 21 que estamos iniciando, cómo será la nueva cultura? Humanamente, estamos como David frente a Goliat. No somos nada y, sin embargo, somos la fuerza de Dios. Y en esto está nuestra convicción, nuestra fe: con la fuerza de Dios fundaremos otra era de la historia, otra cultura. Y estamos echando los cimientos de esa nueva cultura. Nuestra tarea no es para el hoy ni para el mañana, sino para el pasado mañana. Estamos construyendo el pasado mañana pero desde ahora. Y eso nos da una inmensa alegría y también una inmensa responsabilidad histórica.

Termino leyendo un trozo del documento de Puebla sobre la mujer:

María es mujer; es la bendita entre todas las mujeres. En ella Dios dignificó a la mujer en dimensiones insospechadas. En María, el Evangelio penetró la feminidad, la redimió y la exaltó. Esto es de capital importancia para nuestro horizonte cultural en el que la mujer debe ser valorada mucho más y donde sus tareas sociales se están definiendo más clara y ampliamente. María es garantía de la grandeza femenina. Muestra la forma específica de ser mujer, con esa vocación de ser alma, entrega que espiritualice la carne y encarne el espíritu.

## **JORNADA CAM 2000**

**P. Rafael Fernández**

### **LA SOLIDARIDAD**

#### **1. Consideraciones generales - Schoenstatt y el nuevo orden social**

Acentuamos algo que quizás damos por supuesto, pero que no está tan internalizado en nuestra conciencia schoenstattiana. Queremos formar schoenstattianos para que Schoenstatt llegue a ser corazón de la Iglesia. Esto fácilmente lo damos por supuesto; también porque podemos palpar que, de hecho, esto es una realidad. Schoenstatt está siendo corazón de la Iglesia en la mayoría de nuestras diócesis, al menos a través de la pastoral familiar. Sin embargo, el anunciado *Schoenstatt, corazón de la Iglesia*, continúa diciendo: *para que la Iglesia sea alma del mundo*. Es decir, para ser, con la Iglesia, alma del mundo.

Al inicio del año hablábamos de tres círculos a los que nos hemos abocado. Un primer círculo fue la fundación de la Familia de Schoenstatt; después de cincuenta años, podemos decir que Schoenstatt está fundado. Schoenstatt en Chile es una realidad contundente. Aún nos falta mucho, pero nadie puede ignorar a Schoenstatt. A partir de esto, hemos dado el primer paso y tenemos que seguir dando pasos, sabemos que Schoenstatt no es para sí mismo, no se justifica en sí mismo sino que es para servir a la Iglesia, para aportar su carisma en el corazón de la Iglesia. Sin embargo, esto tampoco es suficiente. Desde Schoenstatt, hemos de ser forjadores de un nuevo orden social. Al inicio del año, vimos varios textos del P. Kentenich en los cuales esto es muy evidente y claro. Recordemos uno de estos textos:

Si queremos llegar a ser hombres del más allá, - es decir, personas sobrenaturales, ancladas en Dios, en el sentido del tiempo actual- entonces se trata de ser no sólo apasionados por Dios sino también apasionados por el hombre. Se trata, por lo tanto, no sólo de hacer que los hombres *se sientan en casa en el cielo*, es decir, en el mundo del más allá, sino también de impulsarlos a *forjar una nueva creación*, un nuevo orden social; a gestar un nuevo orden social que solucione los grandes problemas económicos y políticos que afectan a los desheredados de todos los países, especialmente de Sudamérica.

El P. Kentenich hace una alusión expresa a Sudamérica. Era el último año de su vida, 1968, cuando se realizaba una Jornada internacional en Schoenstatt, donde había padres de Chile, y hace una alusión a ellos que traían toda la problemática de Latinoamérica del esos años. Continúa diciendo:

No puedo imaginar que pudiese haber una meta mayor y más grandiosa que la que originó nuestra existencia y que continuamente tratamos de realizar: salvación del orden social amenazado. Por tanto, cuando nuestro co-hermanos chilenos aspiran a esa meta, movidos por las circunstancias del lugar y del país, inspirados nuevamente por la situación en

Latinoamérica, no hacen algo nuevo; sacan metas del tesoro de la Familia que ¡Dios sabe! cuánto tiempo hace que se hallan ante nuestra mirada.

Desde la fundación de la Congregación mariana, a propósito de la elección de los representantes de la estructuración de la Congregación mariana, cuando no le pareció bien algo que se había determinado, ya el P. Kentenich decía: nosotros no sólo estamos viendo esa pequeña comunidad sino que estamos mirando a la sociedad, al mundo. Y por eso tenemos que ser modelos y germen de aquello que aspiramos que pase en la sociedad. Hay muchos otros textos que están en los apuntes que entregamos.

En todo caso esto no deja de ser algo relativamente nuevo para muchos schoenstattianos y también para nosotros. Desde Schoenstatt, hemos de abocarnos a la *forjación de un nuevo orden cristiano de la sociedad*, lo que significa un nuevo orden de trabajo, de economía, de política, de cultura. La Iglesia no se reduce a la sacristía. Una cierta mentalidad liberal quiso reducir la Iglesia a la sacristía, a la oración, a la misa, a la liturgia. Los obispos, los sacerdotes, no tienen nada que decir en este campo de las estructuras sociales, políticas, económicas. A ello la Iglesia ha respondido constantemente con una claridad meridiana. Dios es el Dios de toda la creación; en todo el orden de ser, del comportamiento del hombre, Dios tiene que decir algo. Como Iglesia, nosotros somos guardianes del orden moral, del comportamiento de las personas. No podemos abstraernos ni de la moral individual ni de la moral social. Es un hecho que la doctrina social de la Iglesia, que es la expresión de ello, poca acogida tiene. No es algo que esté internalizado entre los católicos. Hay innumerables escritos, encíclicas, exhortaciones apostólicas, todo tipo de documentos desde León XIII hasta Juan Pablo II. Cuesta llevarla a la práctica, no se adentra aún en la mentalidad, en el corazón de los católicos el que somos responsables del orden social del mundo.

Cuando tocamos temas de este orden no faltan prejuicios y aprehensiones como el que la Iglesia se mete en política, que se abanderiza con tal o cual posición, de derecha, de izquierda. No logramos subir al nivel del Evangelio, de la moral cristiana, del criterio sobrenatural para ver las realidades temporales. Y se encasilla a las personas, se les pone una etiqueta de tal o cual partido y conforme a ello se juzga, se recibe o no se recibe lo que tal persona dice o propone. Tenemos una cantidad de prejuicios, hay muchas heridas, apasionamientos, tensiones, divergencias.

Al hablar de solidaridad ya esta palabra molesta porque detrás hay una sensibilidad especial, prejuicios, heridas, experiencias difíciles o desagradables. Y por eso es difícil ponerse en la postura de la Iglesia, en la postura del Evangelio, de Cristo en definitiva. Cuesta situarse en la perspectiva evangélica, eclesial.

También hemos dicho que nosotros, como Obra de las Familias, nos tenemos que preocupar del nuevo orden social, que se construye desde la familia; que queremos forjar nuestro hogar, nuestra familia como un caso preclaro del nuevo orden social inspirado por el Evangelio. Queremos forjar nuestra propia familia en la perspectiva de lo que nosotros, como padres, y nuestros hijos tienen que forjar un orden en lo macro social. Muchos nos catalogan como intimistas porque en Schoenstatt hablamos tanto de la familia. Ciertamente nos preocupamos muchísimo de la familia pero por la responsabilidad de proyectar esa familia en un nuevo orden cristiano de la sociedad, en una nueva cultura cristiana. Hablamos muchísimo de la familia porque ésta ha de forjar

una nueva cultura, porque nuestra cultura ya no es cristiana, porque nuestra sociedad y nuestra cultura son materialistas, sin Dios, construida solamente a partir del hombre desligado de Dios, de un hombre expresamente, prácticamente, implícitamente desligado de Dios. Esto no es car en un intimismo.

Nosotros queremos construir este nuevo orden social desde la familia, a partir de la familia, fundados en la familia, porque en ella se viven los valores que queremos ver encarnados en esa nueva sociedad. Por ejemplo, si queremos vivir un ser y un ejercicio determinado de la autoridad, es porque queremos ser responsables de la autoridad que se ejerza en el mundo del trabajo, en la empresa, en el mundo político, en la presidencia de la República, en el equipo de football, en todas las instancias de la sociedad. Esto se decide en el hogar, en nuestras familias. Pretender lograr un nuevo orden social solamente en lo macro social, sin preocuparse de la familia, es superfluo, inútil.

Desde el Concilio Vaticano II, al Iglesia ha definido la familia como cuna del verdadero humanismo. La familia no es solamente nuestro hogar, nuestros hijos, buenas relaciones y el buen entendimiento en ella, sino que es el lugar, la cuna donde se está gestando un nuevo humanismo, una nueva cultura. La familia, dice el documento de Puebla, es la promotora del desarrollo, con todo lo que significa desarrollo.

Todo esto lo vimos al inicio del año y señalamos también que en nuestro hogar, en nuestra familia, en nuestros hijos es necesario inculcar vital y prácticamente actitudes sociales. Si logramos internalizar actitudes sociales en forma profunda en el subconsciente de nuestros hijos, tendremos asegurado el cambio en el orden macro social. Hablamos de la necesidad de cultivar el respeto, la conciencia de obediencia, de autoridad, de responsabilidad, de justicia, de honradez, el sentido del compromiso y de muchas otras virtudes que nos parecen esenciales.

En esta oportunidad vamos a reflexionar sobre dos actitudes que nos parecen especialmente significativas. Hablaremos de la virtud de la solidaridad y de la virtud de la pobreza, de la austeridad.

## **2. La solidaridad**

Es un término que causa molestias a veces. Estamos demasiado contaminados. Nuestra historia nacional, las divergencias que ha habido, las luchas, las injusticias que ha habido y muchas otras situaciones, han causado que nuestras palabras estén cargadas de un contenido que no corresponde a lo que realmente significan.

La solidaridad es una virtud esencialmente cristiana. Para muchos hablar de solidaridad es una amenaza para su posición económica o política. Solidaridad significa para muchos renunciar a los bienes propios, despojo de esos bienes; es sinónimo también de socialismo marxista. Se vincula un concepto netamente cristiano con conceptos que precisamente no son cristianos como es el marxismo. La gran lucha que se dio en Polonia partió de Solidaridad, pero desde el punto de vista netamente cristiano, cosa que a los marxistas no les gustaba porque pensaban que preocupándose de la solidaridad descuidarían la lucha de clases.

Muchas veces con la palabra solidaridad se encubren los verdaderos problemas. Muchos cristianos se acallan la conciencia respecto al orden cristiano de la sociedad haciendo ciertas obras de caridad, como ayudando al Hogar de Cristo, a Naim, a María Ayuda, etc. Con ellos piensan que han cumplido con su deber social. Ciertamente colaborar con estas instituciones es profundamente cristiano hacerlo, y la existencia de estas instituciones en nuestro país ha sido muy positivo. Pero no es lo principal. La solidaridad en el cómo vivimos, cómo trabajamos, cómo manejamos nuestros negocios, parece no funcionar tanto. O mejor dicho, en estos campos la solidaridad no se toca.

¿Cómo entendemos nosotros la solidaridad? Un texto de la encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, de Juan Pablo II, a raíz del aniversario de *Populorum Progressio* de Pablo VI, nos habla de lo que es la solidaridad:

Ante todo se trata de la *interdependencia* percibida como *sistema determinante* de relaciones en el mundo actual, en sus aspectos económico, cultural, político y religioso y asumida como *categoría moral*. Cuando la interdependencia es reconocida así, su correspondiente respuesta, como actitud moral y social, y como “virtud”, es la *solidaridad*. Esta no es, pues, un sentimiento superficial por los males de tantas personas, cercanas o lejanas. Al contrario, es la *determinación firme y perseverante* de empeñarse por el *bien común*; es decir, por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos. Esta determinación se funda en la *firme convicción* de que lo que frena el pleno desarrollo es aquel afán de ganancia y aquella sed de poder de que ya hemos hablados. Tales “actitudes y estructuras de pecado” solamente se vencen, con la ayuda de la gracia divina, mediante una *actitud diametralmente* opuesta: la entrega por el bien del prójimo que está dispuesto a “perderse”, en sentido evangélico, por el otro en lugar de explotarlo, y a “servirlo” en lugar de oprimirlo para el propio provecho (cf Mt 10, 40-42; 20, 25; Mc 10, 42-45; Lc 22, 25-27) (SRC 38)

Esa definición es diametralmente clara y pienso que es importante que nosotros nos aboquemos a estos textos. Si creemos que tenemos una responsabilidad frente a Occidente.. “vemos cómo Occidente camina a la ruina y creemos que tenemos que realizar una obra de salvataje, de construcción y edificación...”, como decía el P. Kentenich el 31 de Mayo, todo este mundo no nos puede ser ajeno.

El ejercicio de la solidaridad *dentro de cada sociedad* es válido sólo cuando sus miembros se reconocen unos a otros como personas. Los que cuentan más, al disponer de una porción mayor de bienes y servicios comunes, han de sentirse *responsables* de los más débiles, dispuestos a compartir con ellos lo que poseen. (...) La interdependencia debe convertirse en *solidaridad* fundada en el principio de que los bienes de la creación *están destinados a todos*. (...) para hacerlo partícipe, como nosotros, del banquete de la vida al que todos los hombres son igualmente invitados por Dios. (SRS, 39)

### **3. Fundamentos de la solidaridad**

¿Cómo entendemos nosotros la solidaridad? ¿En qué se fundamenta la solidaridad? Vamos a dar dos o tres pinceladas que nos servirán para trabajarlas, profundizarlas y aplicarlas más tarde

### **1. *Fundamento teológico***

Primero, la solidaridad se basa en el hecho en que todos somos imágenes de Dios, tres Personas en una sola naturaleza. Nuestro Dios es comunidad de personas solidarias. Se pertenecen mutuamente una a la otra. No se puede distinguir personas y comunidad. Respeto a esto, el P. Kentenich es muy claro. Se plantea en la visitas que él hizo a Norteamérica, en los años 47-48. Después de haber permanecido bastante tiempo allí, escribió al respecto. Se plantea frente al individualismo de la sociedad y pregunta: ¿Qué queremos nosotros? Nosotros nos confesamos partidarios del personalismo. Somos personalistas, buscamos defender la persona, su dignidad, su libertad, pero ¡cuidado!, el personalismo que defendemos esencialmente incluye el solidarismo. Nosotros somos personalistas solidarios; queremos alcanzar un solidarismo personalistas. Estas expresiones las repite el P. Kentenich muy a menudo.

Lo primero es el fundamento teológico: somos hechos a imagen de un Dios que es comunidad de amor, comunidad de personas.

### **2. *Fundamento filosófico.***

Filosóficamente, todos sabemos la definición que hacía ya Aristóteles del hombre: es un animal racional y social. Nosotros agregamos que es un animal religioso además.

### **3. *Fundamento bíblico***

Está absolutamente claro, transparente, contundente expresado en la Biblia. El hombre es parte de un cuerpo. En Cristo Jesús, formamos un cuerpo en el cual hay una interdependencia de todos. A partir de este cuerpo de Cristo, queremos forjar en la tierra el Reino de Dios. El P. Kentenich decía que hemos visto el cristianismo como una escalera para subir al cielo, pero no lo hemos visto tanto como una escalera por la cual el cielo baja a la tierra. Por eso, construir aquí en la tierra el reino de Dios. Y la ley fundamental en ese reino de Dios es el hecho que tenemos un Padre que es padre nuestro, padre de todos nosotros y, por lo tanto, todos nosotros somos hermanos en Cristo Jesús. Y cada uno de nosotros es imagen y miembro de Cristo que es nuestra cabeza. Y hemos recibido el Espíritu Santo, que es el que nos congrega en esta unidad y reparte los carismas, las gracias, los talentos a cada uno para el servicio de todos. Un carisma es un don de Dios; cada uno de nosotros tiene un carisma, cada familia tiene un carisma, Schoenstatt tiene un carisma, pero que ha de ponerse al servicio de los otros. Un carisma siempre se entiende como una gracia al servicio del todo.

Todos tenemos un escrito que se llama *Simil del cuerpo*. Es una cita de la Carta de San Pablo a los romanos y a los corintios. Al leerla, pensemos que este texto ejemplariza en forma magistral y súper sencilla lo que queremos en tender con la palabra solidaridad. El P. Kentenich usaba también la palabra *membralidad*. Somos miembros. El *carácter membral* de la Familia. O lo que en Schoenstatt se vivió profundamente a partir del 20 de enero de 1942: *la solidaridad de destinos*, de los miembros de la Familia entre sí y

con la cabeza de la Familia. Esta fue la vivencia más profunda de Schoenstatt, cuando Schoenstatt llega a su plenitud es cuando se realiza esta interdependencia o solidaridad de los miembros de la Familia entre sí y con la cabeza de la Familia.

Creo que esta enseñanza de san Pablo al interior de la familia es clarísima. El problema se suscita cuando debemos proyectarlo a la sociedad. Ciertamente no toda la Familia realiza esto y es una primera tarea que cada familia lo realice. El problema es que la sociedad en la cual vivimos es justamente lo contrario. Vivimos una sociedad, una cultura individualista, disgregada, siempre en competencia, donde hay divergencias, separaciones abismantes. La brecha entre ricos y pobres en Chile es una de las mayores en el mundo. Si pensamos cuánto gana un gerente, a un personero de televisión, y un junior, la diferencia es gigantesca. Esto no sucede en Alemania, por ejemplo. Y cada día esta brecha crece más y más. El sistema de trabajo, las estructuras de trabajo, las formas de llevar adelante los negocios están basados en el individualismo y en la competencia. Por eso Juan Pablo II habla de las *estructuras de pecado*. Es tremendamente difícil cambiar estas estructuras. Se trató de cambiar por la violencia. El marxismo quiso superar estas divergencias por la violencia. ¿Dónde está fuerza cristiana de Latinoamérica, países de fe, continente donde está más de la mitad de los católicos del mundo? Las diferencias entre pobres y ricos es abismante, es un escándalo. Los cristianos hemos fallado en este campo, no hemos logrado construir un orden que lleve el sello del Evangelio.

Schoenstatt quiere ser un baluarte en esto. Lo que hemos de lograr está muy claro en las encíclicas. El problema es un problema pedagógico, cómo lo realizamos, cómo lo llevamos a cabo. El camino que normalmente se ha seguido no parece suficiente. Esto es como construir una casa: el techo, las murallas, los cimientos. Nos preocupamos de los hoyos del techo, que son todas las deficiencias que hay en el orden social, político y económico. Si tratamos de tapar los agujeros del techo sin darnos cuenta que las murallas no están bien, no son sólidas, el techo se puede venir abajo. Y más aún, todo esto reposa en fundamentos. Y si éstos son débiles, si no son sólidos, con mayor razón se viene abajo el techo. La murallas para nosotros son las familias; los cimientos es la Iglesia, la presencia de Dios en el mundo. Este es el proceso que vivimos hoy día. Nada sacamos con dar una manito, con solucionar algunas cosas, si no afirmamos las murallas, si no ponemos buenos cimientos.

#### **4. Meta pedagógica de la virtud de la solidaridad**

Primero, la meta pedagógica de la solidaridad se ha de dar en el ser, en una *actitud solidaria*.

En segundo lugar, un *sentir solidario*. No solamente hemos de cultivar una virtud de la solidaridad de la pura voluntad, de un tratar de ser solidarios, sino que tenemos que lograr un sentir solidario, un sentir social, una sensibilidad social. La solidaridad tiene que llegarnos al corazón y, más todavía, al subconsciente. No basta con tener claridad en cuanto a la doctrina social, en cuanto a lo que hay que hacer. Hay algo más importante que el comportamiento y que es el respaldo de nuestra sensibilidad. El P. Kentenich da mucha importancia al subconsciente.

Más todavía. Hemos de ser capaces de gestar formas que encarnen, que cristalicen el sentir solidario, la virtud de la solidaridad.. No podemos enseñar una solidaridad en el aire. Cualquier virtud se logra por repetición de actos, de acciones concretas.

Esto es lo que queremos lograr a partir de nuestra familia. Forjar en los hijos actitudes sociales, un sentir social y hacer que ellos practiquen costumbres sociales, un estilo de vida social; que vivan estructuras sociales, de acuerdo al Evangelio, para que ellos junto a ustedes puedan ser factores de cambio del orden social y le impriman la faz de Cristo; que le impriman la ley de la membralidad, de ser un cuerpo en Cristo Jesús. Lograr esto en medio de una sociedad en la que reina el individualismo, donde la ley es lo que conviene al yo, al bienestar propio, a la propia familia, al propio provecho, al propio lucro, donde no se mira por el bien de los demás, es difícil, casi imposible. Pero por eso, la fuente de vida que nos regala el Señor, la fuente de gracia de nuestro santuario.

El P. Kentenich hablando de la misión de Schoenstatt se refiere a ella como una *misión mamut* y dice que nunca se habría atrevido a abordar esta misión mamut de Schoenstatt sin el Santuario, sin la alianza de amor. Nosotros creemos en la fuerza de la gracia que es capaz de transformar al hombre y a la sociedad. Esto es difícil en un mundo donde la ley es “ande yo caliente, y ríase la gente”; una sociedad que podríamos llamar *cainítica* que pregunta: ¿soy acaso yo guardián de mi hermano? ¿tengo que preocuparme de los otros? ¡Que trabajen, que no sean flojos!... Somos guardianes de nuestros hermanos. Abel está por todos lados.

Queremos hacer este cambio social en la familia y desde la familia. Somos responsables de nuestro hermano, sea quien sea ese hermano, aunque no sea responsable directamente de él. Somos responsables directamente de nuestro cónyuge, de nuestros hijos, de nuestros padres, es evidente. La caridad empieza por casa, pero no termina en casa. Cuando leemos la parábola del buen samaritano, que es el otro fundamento de la solidaridad, vemos la acuciosidad con que se nos plantea este ideal. Aparece un hombre herido, que representa al hombre actual, que yace a la vera del camino. Pasa un sacerdote, pasa un levita, y hacen un rodeo. Y pasa un samaritano que era extranjero en ese lugar. El ve al herido, no lo ignoró; se compadeció de él, se conmovió y luego se acercó y vendó sus heridas. Enseguida, echó aceite en sus herida, lo montó en su cabalgadura, lo llevó a la posada, se quedó toda la noche cuidándolo y, al día siguiente, le dice al posadero que lo cuide y para ello le deja dinero. Hizo diez pasos para con ese extranjero. Esa es actitud social. Es la actitud que hemos de educar en nuestra familia, en nuestros hijos, para que ellos practiquen la actitud de ese buen samaritano, para que lo reediten más tarde en la oficina, en la empresa, en la fábrica, dondequiera que les toque actuar.

## **5. Cómo educar para una actitud solidaria**

¿Cómo educar a nuestros hijos en este espíritu que les importe el otro aunque no pertenezca a su círculo de amigos, a sus compañeros de colegio? Y que esto no signifique sentir una vana compasión que sólo se da cuando hay un terremoto o una inundación y se produce un gran movimiento de solidaridad. Esto está bien, pero no es una actitud permanente de vida.

¿Qué podemos hacer para educar a nuestros hijos en una actitud de solidaridad?

### ***1. Cultivar la conciencia de cuerpo***

Lo primero que hemos de hacer es cultivar la conciencia de cuerpo, de pertenencia mutua. El otro es parte mía. ¿Sabemos apreciar en nuestra familia a cada uno, individualmente? ¿Sabemos aceptar y valorar su propio aporte? Cada uno de nuestros hijos es diferente y a cada uno hay que aceptarlo. Y también entre los hermanos les cuesta aceptarse mutuamente en su individualidad y en su forma de ser. Respetar la modalidad del otro.

¿Qué hacemos para que esos niños tengan la conciencia de ser hermanos y que deben aceptarse tal como son? Es una larga tarea.

### ***2. No disponer la casa de tal modo que cada uno esté en un reducto, en forma autosuficiente e individualista.***

Muchas veces sucede que como padres educamos para una actitud individualista. Cada niño tiene su pieza, su escritorio, su televisor, su computador, y no comparten nada. Y muchas veces está cada uno en su pieza y nadie comparte nada. En las familias numerosas existe una actitud solidaria mucho más a flor de piel; ya la ropa la comparten y la van heredando los menores; heredan también los libros, los útiles del colegio. En una sociedad consumista, que incentiva a comprar y comprar, lo de última moda y etiqueta, es difícil que los niños asimilen otra mentalidad, otra manera de ser. Y los papás entonces deben tener la genialidad de educar un corazón abierto a compartir, a aceptar al otro en lo que es.

¿Creamos espacios de encuentro? ¿Sabemos en qué está el otro? Hay algunas familias que tienen la costumbre de encontrarse como familia; los almuerzos y encuentros familiares dominicales o semanales son sagrados en estas familias. Se siente cada uno parte del otro. No es indiferente lo que hace uno, cómo lo hace, lo que necesita, lo que está sufriendo cada uno. Cada uno se siente parte del otro; todo pertenece a todos. Yo no soy yo, yo soy con el otro, de otro, para otro. Nunca soy yo solo. En cambio, hay familias donde no se sabe lo que le pasa a uno u otro de sus miembros; nunca se crea el foro familiar para saber en qué está cada, qué proyectos tiene, cómo le está yendo. No se conversa.

### ***3. Cultivar la conciencia de responsabilidad solidaria***

¿Pensamos juntos? ¿Planificamos juntos? ¿Pedimos y escuchamos opiniones, debatimos lo que hay que hacer o no hacer? ¿Conversamos lo que sucede a cada uno? Todo es cosa de todos, somos un solo cuerpo. Los papás no han de menospreciar a los hijos en sus decisiones. San Benito tiene una regla muy interesante respecto a esto: hay que escuchar a los monjes jóvenes porque también pueden tener el Espíritu Santo... Tenemos que trabajar en común, escuchar, dialogar, discutir.

Todo esto va en contra de una familia disgregada, atomizada, donde cada uno está en su rincón y hacer lo que quiere.

Nosotros nos reportamos, sabemos dónde está cada uno; nos comunicamos.

#### ***4. El hogar ha de ser fruto de todos.***

Cada uno tiene un rol en el hogar. Los paraguayos dicen: cada indio con su tarea. Nadie es vago o cesante en la casa, hasta el más pequeño. Todos tienen tareas que hacer en la casa: hacer las camas, lavar el auto, cuidar el perro, regar, sacar la basura, etc. Y estas tareas no son a cambio de un pago sino porque corresponde que todos cooperen, que todos aporten a los quehaceres de la casa, porque la casa es nuestra, y todos cooperamos a construir el hogar... Las tareas no deben pedirse a cambio de algo: si haces tal cosa, te pago... Así educamos para el individualismo y el consumismo. Cada uno tiene que aportar en su hogar. Muchas veces hay niños que no hacen nada en su casa porque todo se lo hacen las nanas. Todos hemos de hacer algo en la casa, cada uno colabora al bien común. No hay pasividad en la casa, no hay zánganos; no hay envidias ni competencias, ni espíritu servil.

Educar actitudes de solidaridad no es fácil. Si queremos lograr una sociedad nueva, hemos de empezar por la casa. Por eso compartimos bienes, tareas, porque queremos construir una sociedad basada en la generosidad, en la responsabilidad, en el espíritu solidario.

#### ***5. Cultivar la preocupación por el más débil***

En el hogar, naturalmente hay una preocupación por el más débil. El niño enfermo, que tiene problemas, es prioritario. A veces a los otros hijos les cuesta esto y es difícil aceptar que los papás se preocupen más de ese niño enfermo y no tanto de los que están sanos. En la sociedad tenemos muchos enfermos, ¿quién se preocupa de ellos?

Todo lo que sucede en el hogar tiene una trascendencia inmensa y por eso tenemos que construir desde él la nueva sociedad.

Nos falta mucho de nuestra responsabilidad apostólica laical, los políticos schoenstattianos, los economistas schoenstattianos, que están plasmando esta nueva sociedad, que están luchando por un nuevo orden social, como vejas entre lobos. Hay un martirio laical que nosotros no hemos considerado. Necesitamos laicos del corte de un Tomás Moro. No nos van a cortar la cabeza porque creemos en Cristo sino porque, por ejemplo, nos jugamos en la honradez para pagar los impuestos...

Desde la familia queremos avanzar hacia una sociedad personalista y solidaria.

## **LA POBREZA**

### **1. Qué entendemos por pobreza**

Con el término de la pobreza nos pasa algo semejante que con el de solidaridad. Qué más genuinamente evangélico que la palabra pobreza. Pero ya el uso del término no gusta a muchos; lo asocian con categorías que no son las que esperaríamos en una perspectiva evangélica, teológica.

Tenemos el inmenso desafío de ser germen de una nueva cultura cuya alma sea la solidaridad como también el amor, la caridad. Queremos construir la civilización del amor y, por lo tanto, una sociedad donde esté vigente la solidaridad y la pobreza evangélica. Ambas, la solidaridad y la pobreza evangélica parten de la familia.

Al hablar de pobreza, nos encontramos en algo que históricamente no ha sido elaborado. Al comienzo de la Iglesia, la pobreza era extraordinariamente vigente: todos lo tenían en común, repartían todos sus bienes... Tan fuerte había sido el juicio de Cristo sobre la pobreza y riqueza que los primeros cristianos llevaron la pobreza casi al extremo. Después de Constantino esto cambió radicalmente. La Iglesia dejó de ser pobre y pasó a ser la Iglesia del imperio y empezaron a entrar en ella muchas cosas que no la habían tocado. Pensemos, por ejemplo, el concepto de autoridad. La autoridad a semejanza del buen Pastor no era la misma que ejercía el emperador. Entre otras cosas, se perdió de vista lo que era el concepto de pobreza y de autoridad que proclamaba el Evangelio.

La reacción a todo esto, se produjo al interior de la Iglesia en las comunidades de los cenobitas, en los conventos donde se iban las personas que habían dejado todo de lado para tener un encuentro con Dios. Fueron surgiendo formas de pobreza para aquellos que se consagraban por entero a Dios. Pero no se logró demasiado. Pensemos, por ejemplo, en la Iglesia del Renacimiento, en el papado de ese tiempo. Francisco de Asís fue una gran reacción frente a una Iglesia riquísima, pomposa. Los cardenales y obispos eran verdaderos príncipes. Con Francisco de Asís se produce una corriente de pobreza en la Iglesia, pero sin embargo estos impulsos quedan sólo en el ámbito de lo religioso y no ha llegado el momento en que en el mundo laical, en la familia, se gesticione un estilo de pobreza evangélica.

Sin duda la forma de pobreza de un san Francisco de Asís o de un trapense es muy distinta a la forma de la pobreza de una familia cristiana. Pero no está exento de esa pobreza. El ideal de pobreza es para todos los cristianos, sin distinción. Falta que el espíritu de pobreza se encarne en un estilo laical. Nosotros queremos hacerlo, porque estamos luchando por una santidad laical, que quiere ser semilla de una nueva cultura.

La santidad laical y familiar tiene que encarnar la solidaridad, la corresponsabilidad, el compartir y también un estilo de pobreza, de sencillez, de austeridad, como el Señor lo pidió a todos nosotros.

No es nada de fácil. Cuando se nos toca el dinero, la billetera, nos sentimos atacados. Ni el sexo ni el dinero pueden ser tocados. Son los ámbitos más difíciles para que penetre el Evangelio. Son ámbitos difíciles porque tenemos que luchar contra instintos desordenados muy fuertes. El egoísmo y el afán de tener es lo último que se muere.

La pobreza es tanto más difícil hoy día porque estamos en una sociedad consumista, materialista; estamos rodeados, bombardeados por todos lados por un ambiente materialista. Nuestros hijos están inmersos en un ambiente consumista, materialista, donde se vale por lo que se tiene, por lo que se posee. Las personas son valoradas desde una perspectiva socioeconómica que se expresa por el barrio donde viven, por el colegio donde educa a sus hijos, por el auto que tiene, por las marcas de las ropas. Todo esto conduce a extremos de endeudamientos para aparentar lo que no se tiene.

El apego al dinero no es solamente propio de personas ricas son también de personas pobres que aspiran sólo a tener. Todo su sueño es tener, disponer de más medios. El espíritu de riqueza no lo tienen sólo los que tienen dinero.

Estamos en un afán de acumular riquezas sin compartir, como el tío rico del Pato Donald, y en el otro extremo, en un despilfarro. Y en esta sociedad, ¿dónde cabe la virtud de la pobreza evangélica?

## **2. Pobreza evangélica**

El Evangelio es escandalosamente claro. El Señor, en un lenguaje hiperbólico, nos dice que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el cielo. Y dice también: ¡Ay de vosotros los ricos! Los epítetos más fuertes del Señor son contra los fariseos y contra los ricos.

Aterrizar esta enseñanza de la pobreza de Cristo en la familia, se hace hoy día muy difícil. Es un punto neurálgico. ¿Por qué? Porque la pobreza en el sentido evangélico está ligada a dos cosas: el rico en espíritu es alguien cerrado a Dios, es autosuficiente, no necesita a Dios. “Si ustedes no se convierten como los niños, no entrarán en el reino de los cielos”... Es decir, ser como los niños, ser pobres, es lo mismo; los ricos nunca se sentirán dependientes de Dios; están llenos de sí mismos, de sus cosas. Es lo que pasa actualmente en las sociedades de los países desarrollados, de Europa; tienen de todo y no necesitan de Dios.

El que es rico en espíritu, sea pobre y rico materialmente, es aquel que cierra su corazón ante los demás. No tiene esa capacidad de condolerse del samaritano, esa capacidad de compasión. La santidad matrimonial y familiar nos lleva a abordar este punto en la perspectiva de la gestación de una nueva tierra mariana. Gestar en y desde la familia, una cultura en la cual reine el espíritu evangélico del uso ordenado y recto de los bienes materiales, el desprendimiento de los bienes materiales. Saber cultivar al interior de nuestro hogar el espíritu de pobreza, de austeridad, de sencillez mariana.

Vamos a leer un texto de Juan Pablo II, el año 1980 en una visita a Brasil y quiso ir a las favelas, a los sectores más pobres de Brasil. Allí pronunció un discurso extraordinario.

Quando pensé de qué manera debería presentarme ante los habitantes de esta tierra que visito por vez primera, sentí el deber de presentarme, ante todo, con la doctrina de las ocho bienaventuranzas. Y quise hablar de estas cosas a vosotros, moradores de Vidigal. A través de vosotros, querría hablar también a todos los que en Brasil viven en

condiciones parecidas a las vuestras. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

El P. Kentenich, estando en Roma, después del Concilio, hizo una descripción de cómo vivíamos nosotros y cómo debería ser la Iglesia en el futuro. Y dentro de las características que describe de esa Iglesia de los novísimos tiempos, dice que esa Iglesia es una Iglesia pobre; una Iglesia que se atreve a confesar sus culpas y a pedir perdón. Esto lo dice el año 65 y el Papa Juan Pablo II hizo esto en 1999, bastante años después. Continúa el Papa:

### **Corazones abiertos a Dios y a los hombres**

2. Hay muchos pobres entre vosotros. Y la Iglesia en tierra brasileña quiere ser la *Iglesia de los pobres*. Ella desea que en este gran país se realice esta primera bienaventuranza del sermón de la montaña.

Los pobres de espíritu son aquellos que están más *abiertos a Dios* y a las "maravillas de Dios" (He 2,11). Pobres, porque están prontos a aceptar siempre ese don de lo alto, que proviene del mismo Dios. Pobres de espíritu, los que viven conscientes de haber recibido todo de las manos de Dios como un don gratuito y que dan valor a cada bien recibido. Constantemente agradecidos, repiten sin cesar: "¡Todo es gracia", "demostramos gracias a nuestro Dios". De ellos, dice Jesús, al mismo tiempo, que son "puros de corazón", "mansos"; son ellos los que tienen hambre y sed de justicia, los que están frecuentemente "aflicidos"; los que son "pacíficos" y "perseguidos por causa de la justicia". Son también, en fin, los "misericordiosos" (cfr. Mt. 5, 3-10).

De hecho, los pobres, los pobres de espíritu son más *misericordiosos*. Los corazones abiertos para Dios están, por eso mismo, más abiertos para los hombres. Están dispuestos a ayudar desinteresadamente. Dispuestos a compartir lo que tienen. Dispuestos a acoger en su casa a una viuda o a un huérfano abandonados. Siempre encuentran un lugar disponible dentro de las estrecheces en que viven. Y encuentran también siempre un poco de alimento, un pedazo de pan en su pobre mesa.

Cuando hablamos del compartir propio de la solidaridad, es curioso que los pobres están siempre dispuestos a recibir a alguien en su casa, aunque sea una mediagua, por eso los allegados. Las personas que viven en casas mucho más grandes, muchas veces es difícil y casi imposible, que reciban a otros. El pobre es así, de lo que no tiene da. Es abierto.

*Pobres, pero generosos. Pobres, pero magnánimos.* Sé que existen muchos así aquí entre vosotros, que ahora me escucháis, pero también en otros diversos lugares de Brasil.

### **Una advertencia y una acusación**

3. Las palabras de Cristo sobre los pobres de espíritu, ¿hacen acaso olvidar las *injusticias*? ¿Nos permiten que dejemos sin solución los problemas que surgen en el conjunto del llamado problema social? Esos problemas que permanecen en la historia de la humanidad asumen aspectos diversos en las diversas épocas de la historia y tienen su intensidad de acuerdo con la dimensión de cada sociedad en particular, adquiriendo, al mismo tiempo, la proporción de enteros continentes y, en fin, de todo el mundo. Es natural que esos problemas asuman también una dimensión propia de esta tierra, una dimensión brasileña.

Las palabras de Cristo declarando *felices los "pobres de espíritu"* no pretenden suprimir todos esos problemas. Al contrario, los ponen de relieve, enfocándolos en este punto más esencial que es el hombre, que es el corazón humano, que es todo hombre sin excepción. El hombre ante Dios y, al mismo tiempo, ante los otros hombres.

Pobre de espíritu, ¿no significa exactamente "hombre abierto a los demás", es decir, a Dios y al prójimo?

¿No es verdad que esta bienaventuranza de los "pobres de espíritu" encierra al mismo tiempo una *advertencia* y una *acusación*? ¿No es cierto que dice a los que no son "pobres de espíritu" que se encuentran fuera del reino de Dios, que el Reino de Dios no es y no será compartido por ellos? Pensando en tales hombres que son "cerrados a Dios y a los hombres, sin misericordia...", ¿no dirá Cristo, en otro pasaje: "Ay de vosotros"? "Pero ¡ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros, los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis? ¡Ay, cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas" (Le. 8, 24-26).

"Ay de vosotros"; esa palabra suena severa y amenazadoramente, sobre todo en boca de ese Cristo que acostumbraba a hablar con bondad y mansedumbre y solía repetir: "Bienaventurados". Y sin embargo, dirá también "¡Ay de vosotros!".

### **Significado de la Iglesia de los pobres**

4. La Iglesia en todo el mundo quiere ser la Iglesia de los pobres. La Iglesia en tierras brasileñas quiere también ser la Iglesia de los pobres; es decir, quiere extraer *toda la verdad* contenida en las bienaventuranzas de Cristo y sobre todo en esta primera: "Bienaventurados los pobres de espíritu..." Quiere enseñar esa verdad y quiere ponerla en práctica, igual que Jesús vino a hacer y enseñar.

La Iglesia desea, por tanto, extraer de la enseñanza de las ocho bienaventuranzas todo lo que en ella se refiere *a cada hombre*: al que es pobre y vive en la miseria, al que vive en la abundancia y el bienestar y, en fin, al que posee excesivamente y tiene de sobra. La misma verdad de la primera bienaventuranza se refiere a cada uno de modo diverso.

Y el Papa va refiriéndose primero a los que nada tienen, en segundo lugar, a los que tienen para vivir de alguna manera y a los que tienen demasiado.

*A los pobres, a los que viven en la miseria*, les dice que están especialmente cercanos a Dios y a su Reino. Pero, al mismo tiempo, les dice que no les es permitido -como no es permitido a nadie- reducirse arbitrariamente a la miseria a sí mismos y a sus familias; es necesario hacer todo lo que es lícito para asegurarse a sí mismos y a los suyos cuanto hace falta para la vida y para la manutención. En la pobreza es necesario conservar, ante todo, la *dignidad humana*, y también esa magnanimidad, esa apertura de corazón para con los demás, esa disponibilidad por la que se distinguen exactamente los pobres, los pobres de espíritu.

*A los que viven en la abundancia* o, al menos, en un relativo bienestar, para lo cual tienen lo necesario (¡aunque tal vez no les sobre gran cosa!), la Iglesia, que quiere ser la Iglesia de los pobres, les dice: Utilizad los frutos de vuestro trabajo y de una lícita laboriosidad; pero, en nombre de las palabras de Cristo, en nombre de la fraternidad humana y de la solidaridad social, *¡no os cerréis en vosotros mismos!* ¡Pensad en los más pobres! ¡Pensad en los que no tienen lo suficiente, que viven en la miseria crónica, que sufren hambre! ¡Y compartid lo vuestro con ellos! ¡Compartidlo de modo programático y sistemático! Que la abundancia material no os prive de los frutos espirituales del sermón de la montaña, que no os separe de las bienaventuranzas de los pobres de espíritu.

Y la Iglesia de los pobres dice lo mismo, con mayor fuerza, *a los que tienen de sobra*, que viven en la abundancia, que viven *en el lujo*. Les dice: ¡Mirad un poco a vuestro alrededor! ¿No os duele el corazón? ¿No sentís remordimiento de conciencia a causa de vuestra riqueza y abundancia? Si no lo sentís, si queréis solamente “tener” cada vez más, si vuestros ídolos son el lucro y el placer, recordad que el valor del hombre no se mide según lo que “tiene” sino según lo que “es”. Por tanto, el que acumuló mucho y cree que todo se resume en esto, acuérdesse de que puede valer (en su interior y a los ojos de Dios) mucho menos que alguno de esos pobres y desconocidos; que tal vez pueda “ser mucho menos hombre” que aquel.

La medida de las riquezas, del dinero y del lujo no es equivalente a la medida de la verdadera dignidad del hombre.

Por tanto, los que tienen de sobra eviten cerrarse en sí mismos, eviten el apego a su propia riqueza, la *ceguera espiritual*. Eviten todo eso con todas sus fuerzas. Que no deje de acompañarles toda la verdad del Evangelio y, sobre todo, la verdad contenida en estas palabras: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos...” (Mt 5,3)

Que esta verdad les inquiete.

Que sea para ellos una amonestación continua y un desafío.

Que no les permita, ni siquiera por un minuto, volverse ciegos por el egoísmo y por la satisfacción de los propios deseos.

Si tienes mucho, si tienes tanto, recuérdate que *debes dar mucho*, que hay tanto que dar. Y debes pensar cómo dar, cómo organizar toda la vida socio-económica y cada uno de sus sectores, a fin de que esa tienda a la igualdad entre los hombres y no a abrir un abismo entre ellos.

Si tienes muchos conocimientos y estás colocado en lo alto de la jerarquía social, no debes olvidarte, ni siquiera por un segundo, de que cuanto más alto esté alguien, *¡más debe servir!*

Servir a los demás. De otro modo, correrás el riesgo de apartarte tú y tu vida del campo de las bienaventuranzas y, en especial, de la primera de ellas: "Bienaventurados los pobres de espíritu". Son "pobres de espíritu" también los "ricos" que, en proporción de su propia riqueza, no dejan de "darse a sí mismos" y de "servir a los demás".

Son muy elocuentes las palabras de Juan Pablo II; son incisivas, muy fuertes, así como él lo hacía años atrás y son inquietantes. Recordemos que durante decenios, esta consigna de la Iglesia de los pobres fue la teología de la liberación y por eso está también cargada de anti afecto. Se pensó siempre en los pobres socioeconómicamente y se interpretó el Magnificat en clave marxista. Pero es lo más propio nuestro y corremos el peligro de olvidarnos del Evangelio, de lo más propio del Evangelio, porque fue mal usado, instrumentalizado por grupos de izquierda marxista. Nosotros estamos llamados a redimir esto y tenemos que lograr un estilo de pobreza al interior de nuestro hogar para que nosotros y nuestros hijos sean gestores de una cultura en la que esta bienaventuranzas no sean palabras huecas, sin sentido, que nada tiene que decir a esta sociedad consumista.

### **3. Cómo crear un estilo de pobreza en la familia**

El desafío es entonces lograr un estilo de pobreza en el hogar de acuerdo al Evangelio, para que sea semilla de una nueva cultura.

#### **1. Crear una actitud de desprendimiento frente a los bienes materiales**

Queremos que cada miembro de la familia posea lo necesario y lo que es útil para realizarse a sí mismo y desarrollar una labor de servicio a todos. Ningún papá puede querer que su hijo carezca de lo necesario y no sólo de lo necesario sino de lo que es útil: que pueda vivir sanamente, que pueda estudiar, adquirir conocimientos, prepararse profesionalmente. Es lo mínimo que un papá quiere para sus hijos. Pero pensemos que hay una gran mayoría que no tiene ni lo necesario ni lo útil. Y esto no nos puede dejar indiferentes. Esta es la base de una actitud social, de la doctrina social de la Iglesia. No es reivindicación, ni revancha; es el espíritu de las bienaventuranzas, el espíritu del Señor.

Si nuestros hijos tienen todo lo que quieren, si siempre andan aspirando a tener lo que no tienen y que les muestra la propaganda, la publicidad, o lo que poseen sus amigos. Si observan que sus padres sólo piensan tener más o que su gran preocupación es lo material, si no están dispuestos a bajar de nivel económico, si se vienen abajo si las circunstancias los llevan a vivir la pobreza material, significa que nos estamos educando en el espíritu de pobreza ni en una actitud solidaria.

¿Cuáles son las aspiraciones de nuestros hijos? ¿Cómo viven? Muchas veces los padres contribuyen a que vivan en una superabundancia, a que dispongan de todo; les crean una sensibilidad egoísta, autosuficiente. Así será difícil que posean una actitud de desprendimiento de los bienes materiales.

El P. Kentenich, cuando habla de nuestra relación a los bienes materiales y del uso del dinero, dice que hemos de distinguir los bienes necesarios, útiles y superfluos. San Agustín dice que si tenemos más de la cuenta, si tenemos cosas superfluas, en el fondo estamos robando al que no tiene; eso no es nuestro, le pertenece a él. Por eso, cuando un pobre roba porque tiene necesidad, moralmente no comete pecado de robo.

Estas categorías ciertamente son relativas. Ya decíamos que el estilo de vida de un trapense no es el mismo de un jesuita ni de un padre schoenstattiano. Tampoco es igual al de los laicos profesionales que tienen que tener computadores, fotocopiadoras, máquinas, y todo lo necesario para realizar bien su profesión. Esto es evidente.

Por lo tanto, no se trata de imponer un estilo de pobreza igual para todos. Queremos que todos tengan lo necesario para ser personas: derecho a comer, a un techo, a la casa propia, al trabajo, a la salud. Son bienes mínimos que satisfacen necesidades mínimas y que muchos no los pueden tener, porque nuestra sociedad está enferma. Sin embargo, tenemos que tener un estilo, formas de vida, actitud de desprendimiento de los bienes materiales, y respecto a su uso según Dios lo quiera. ¿Quiere Dios tal cosa, nos es útil, nos es necesario? Tenemos que hacer un razonamiento, una auto reflexión, una reflexión comunitaria, familiar, para decidir qué comprar, por ejemplo, con total conciencia y espíritu de pobreza, porque, por la tarea que Dios nos está pidiendo, lo necesitamos. Y decidimos libremente.

¿Tenemos un presupuesto familiar? Tenemos que hacer una reflexión a la luz del espíritu de pobreza, porque nuestra tendencia normal es acumular y estar siempre deseando tener más, tener lo último que nos ofrece la sociedad de consumo. Y en esta reflexión descubrimos el querer de Dios respecto a tal o cual bien que debemos o no adquirir.

¿Tienes nuestros hijos desprendimiento frente a los bienes materiales o se apegan a ellos? ¿Acumulan juguetes, por ejemplo, que después ni siquiera los usan? ¿Están dispuestos a desprenderse de ellos, compartirlos con otros niños y regalar alguno de ellos? La educación frente a los bienes empieza frente a los juguetes. Pobreza y solidaridad se condicionan mutuamente. Si no se tiene espíritu de pobreza no se está dispuesto a compartir.

Tenemos que buscar modos de superar el apego desordenado, egoísta respecto a los bienes que se tiene. La pobreza evangélica nos regala esa actitud de desprendimiento y que con ello hace posible la solidaridad, el compartir.

## ***2. Crear la conciencia de ser administradores de los bienes que Dios nos da***

En segundo lugar, somos administradores de los bienes que Dios pone a nuestra disposición. Es un concepto evangélico también profundamente enraizado en la tradición cristiana. Los bienes son un regalo de Dios que cada uno administra. No somos dueños absolutos de los bienes que poseemos y, por lo tanto, no podemos hacer lo que queremos con ellos. Somos miembros de un cuerpo y si Dios nos da bienes es para compartirlos y para que otros disfruten o participen de ellos. ¿Cómo? Tenemos que crear estructuras y formas para posibilitarlo.

En Paraguay se ha podido enormes cosas por causa de un grupo de personas y entre ellos de una persona que es inmensamente rico y que decidió compartir y repartir sus bienes, el producto de sus empresas. Y por ello se ha podido hacer obras inmensas como, por ejemplo, dar a todos los niños del Paraguay libros de estudios de inspiración cristiana. No es malo tener sino que lo malo es el apego desordenado a los bienes, el acumular y acumular, el espíritu de avaricia. La avaricia es un pecado capital.

Somos administradores de los bienes y, por lo tanto, los cuidamos. En una sociedad consumista, la actitud frente a los bienes es desecharlos y reemplazarlos rápidamente por otros. El desorden, el mal cuidado de las cosas es un reflejo de falta de espíritu de pobreza. No tratamos los bienes como regalos de Dios. ¿Cómo tratan nuestros hijos las cosas, los bienes de la casa? La pobreza nunca está reñida con la belleza ni la falta de orden y limpieza. Un espíritu mariano siempre será un espíritu pobre, austero, pero nunca sucio ni feo. ¿Cuidan nuestros hijos las cosas? ¿Cómo es el orden que tienen en sus piezas? ¿Cooperan al orden de toda la casa?

## ***3. Usamos de los bienes como Dios quiere que lo hagamos***

Por eso razonamos, pensamos, hacemos un presupuesto familia y nos atenemos a él a la luz la voluntad de Dios, de la solidaridad y del desapego frente a los bienes materiales. Ganamos y gastamos el dinero como Dios quiere que lo hagamos. Compartimos el dinero y los bienes materiales como Dios quiere que los hagamos.

En relación a esto, hay algo que se nos ha metido: tenemos que asegurarnos; tenemos que asegurar el futuro, dejar algo a los hijos. En esto se extrapola. Ciertamente sería poco prudente que los padres no se preocuparan de tener un cierto respaldo. Pero a veces se estira demasiado la cuerda. ¿Será bueno dejar a los hijos tan asegurado su futuro, a costa de trabajar las 24 horas del día y de destruir muchas veces el hogar? Hay

cosas infinitamente más importantes que entregar a los hijos y dejarles para el futuro. Muchas veces es más valioso que ellos mismos salgan adelante por su propio esfuerzo.

El asegurarse muchas veces sobrepasa fácilmente las medidas y se cae en una falta de fe práctica en la Divina Providencia.

#### **4. Conclusión**

Habría muchas otras cosas que decir aquí. Cada familia debe hacer un trabajo en este sentido. Tienes que haber foros familiares en relación a la solidaridad. No puede ser que estas cosas no se conversen como familia. Lo esencial es el ambiente que se da en el hogar respecto a esto y el ejemplo de los padres.

Preguntaba a un miembro del Instituto de Familias si ellos han elaborado formas de pobreza. Ellos tienen por oficio llegar a formas concretas. Y me decía que cada vez se convencía más de que lo que importa es el ambiente que se crea en la familia, en el hogar, el espíritu que reina entre los papás y el ejemplo que dan. Los hijos imitan todo y la conversación con ellos es de extrema importancia.

Tenemos que acabar con el tú vales por lo que consumes, tú vales por la marca de la ropa que llevas. No valemos por nada de esto. Nosotros tenemos otro mundo, tenemos otros valores distintos a los que nos dice la publicidad, la propaganda. No podemos mimetizarnos con la sociedad de consumo. El dinero ni los bienes materiales de ninguna manera aseguran la felicidad. Curiosamente, encontramos personas mucho más tranquila, más felices dentro de los más pobres que entre los más ricos.

Hemos dado tan sólo algunas ideas respecto a la pobreza. No está dicho todo ni mucho menos. Habría que matizar, reflexionar más, pero creo que ese trabajo es de cada familia.